

"EXTENDER EL REINO DE DIOS
EN NOSOTROS Y EN EL MUNDO"

- Reino II -

I - EXTENDER EL REINO DE DIOS EN EL MUNDO :
M. MARIA EUGENIA.

II - EXTENDER EL REINO DE DIOS EN EL MUNDO : HOY...

1. LA IGLESIA Y EL REINO

Amar a la Iglesia

Las causas de la Iglesia

- La comunidad eclesial
- La inculturación - Cultura y Fe.
- Los pobres

Dos temas conexos :

- Los jóvenes
- La Escuela y las Escuelas

2. REINO Y REVOLUCION - La Política

3. COMUNIDAD Y REINO

- La comunidad religiosa femenina
- Comunidad apostólica contemplativa
- El estudio
- La unidad de vida

ENVIO

M. María Eugenia, por su gracia de fundadora y su larga experiencia, armonizó los diversos elementos que hoy forman nuestra vida contemplativa y apostólica. La Regla de Vida presenta esta unidad pero corresponde el realizarla a cada una en su persona y a cada comunidad.

Tantas riquezas y ejercicios diferentes podrían ser fuente de tensión o de dispersión. A la unidad de vida no se llega a través de la fidelidad a los horarios y a las prácticas, aunque esto sea uno de sus aspectos; se llega a través del único amor a Dios y al Reino para el que la Regla traza un camino. Viene de la conciencia profunda de la unidad del carisma. Esta conciencia crea la convicción de que nuestra oración es parte integrante de nuestra misión y que será auténtica si se transforma en energías apostólicas; que nuestra actividad apostólica no será eficaz para el Reino si no surge de la oración; que el Señor espera que le llevemos a la adoración nuestro pueblo y le presentemos sus aspiraciones y sus penas; que le prestemos nuestras voces en el Oficio; que el don de nosotras mismas en las relaciones comunitarias forme nuestro corazón y nuestra inteligencia para la misión.

Nuestra jornada no está formada por una serie de elementos aislados sino por un conjunto delicado que constituye una manera de ser y de hacer por Jesús y por el Reino. Suprimir o disminuir un componente desequilibraría el todo. Como un instrumento de cuerdas: si una se rompe o se desafina, se estropea toda la música. El tono, la armonía, la melodía.

La unidad de vida sólo se realiza a través del tiempo. No es automática. Observar una regla o un reglamento con fidelidad a lo largo de los años no basta para asegurar la unidad. La fuente está en otro lugar, en una convicción interior que mantiene la mirada "fija en Jesucristo y en la extensión de su Reino".

por el compartir de lecturas o conferencias, hacen que la conversación entre nosotras sea fuente de formación continua.

Cursillos hechos por todas, reuniones de comunidad, discernimientos, elaboración del proyecto, cuestionarios de la Provincia u otros, circulares de la Congregación. A través de todos estos estudios comunitarios se cultivan la "pasión por la fe, el amor, y la realización del Evangelio". (Carta nº1627, 5.8.1844). En la comunidad se puede adquirir la verdadera formación intelectual que es el arte de unir las cosas entre ellas, las cosas y las personas, los acontecimientos y la historia, unir todo en Dios. Y en ella también afinar al máximo el discernimiento sobre lo que en nuestra cultura ambiental es o no es elemento humanizador y cristiano. Basta con tener un deseo sincero de aprender, de hacer algunos esfuerzos, de acostumbrarse a reflexionar, de interesarse por los otros y por el mundo.

Una comunidad seria se da cuenta del tiempo del que dispone y de la necesidad de emplearlo bien. Sabe limitarse, optar y planificar; es una parte de cada proyecto comunitario.

A nivel personal, cada una es responsable de su autoformación. M. María Eugenia insistía en que debemos aprender algo cada día, renovarnos continuamente, y el P. d'Alzon estaba dispuesto a rehusar la absolución a una hermana que no estudiaba! Que no es poco! Fijarse objetivos: estos libros para el año o tantos libros de un tema, aprender algo útil para la comunidad, (por ejemplo, hacer la cocina) perfeccionarse en una materia, llenar una laguna.

El proyecto "personal" de autoformación es una cuestión de conciencia profesional y un tema para tratar con sus superiores.

- La unidad de vida.

Nuestra manera particular de vivir para Jesús y para el Reino es una vida humanamente rica y bella; es una gracia de la Encarnación y de la vocación a restaurar todo en Cristo. El carisma, a través de la liturgia, los estudios, las relaciones, da a nuestra vida una cierta densidad e incluso una cierta luz. No alabo; sólo constato. No creo que nuestro estilo de vida sea fácil (tampoco que sea más difícil que otros). Exige toda nuestra persona y todo nuestro tiempo - siempre y totalmente. No hay tiempo ni lugar para otra cosa. Esto lo considero una gracia, un don, una ventaja.

I - EXTENDER EL REINO DE DIOS EN EL MUNDO : M. MARÍA EUGENIA.

En la pluma de M. María Eugenia y del P. d'Alzon, este fin de nuestras Congregaciones de extender el Reino en el mundo, ha conocido diversas expresiones: "Extender el Reino de Dios a nuestro alrededor", o "en la sociedad", o: "extender el Reino de Nuestro Señor Jesucristo en las almas". Se trata principalmente de nuestra misión, de nuestras actividades apostólicas. Se trata de la razón de ser de la Congregación que es una Congregación con una finalidad apostólica. Un "pensamiento de celo", como decía M. María Eugenia, dió origen a la fundación.

Veamos brevemente cómo el Reino es siempre nuestro "medio", el campo de acción, el "país", el horizonte de nuestra vida en la Asunción.

El Reino es una realidad "social". Nuestra misión es social. La visión que inspiraba y animaba a M. María Eugenia no era la salvación de su alma, ni la santidad - aunque esto sea inherente a toda misión cristiana, y condición de su realización. No era tampoco sencillamente la evangelización y la salvación de las almas - de una multitud de personas consideradas individualmente - ni el aumento del número de bautizados. La visión que iluminaba y guiaba a Nuestra Madre Fundadora - que "dominaba mi cristianismo y en particular mi vocación", era eminentemente social.

Dos ideas maestras en ella :

- . el reconocimiento de los "derechos de Dios"
- . la transformación de la sociedad por el Evangelio.

Dos amores que solo son uno : la pasión por el Reino.

Dios es soberano. Debe ocupar el primer lugar (en un orden que no admite un segundo), no solamente en el corazón de cada cristiano o en la vida de cada persona, sino en la sociedad. Tiene derecho a su lugar de Creador, de Dios único. Derecho a la adoración y al amor por parte de todo el pueblo y de todos los pueblos. De la misma manera, Jesucristo es nuestro Rey, nuestro Liberador y nuestro Salvador. "El fin de este mundo es el Reino de Cristo". Nuestra vocación es la de "ser adoradoras y apóstoles" de los derechos de este Soberano absoluto. (Capítulo 24.7.1878).

La transformación de la sociedad es la consecuencia lógica y obligatoria de la puesta en práctica de los principios del Evangelio y de la ley de Cristo. Para María Eugenia implica indefectiblemente "consecuencias sociales".

"¿Concluye lo maravilloso de una sociedad verdaderamente cristiana?" exclamaba, en una carta al P. Lacordaire, en la primavera de la Congregación. "Dios, Maestro de los espíritus y de las voluntades, reina en todas partes, aunque invisible; Dios adorado; la vida de Dios en nosotros preferida a todas las necesidades que componen la vida natural del hombre... Este Reino de Cristo es quizá más hermoso para mí, y lo amo más que a la misma Jerusalén celeste, donde no se puede ser de Dios más que recibiendo su recompensa" (Orígenes I, 2ª parte, XI). Y al P. d'Alzon: "Es imposible que la regeneración terrestre de la humanidad y de su ley social, no surja de las palabras de Jesucristo" (Carta del 15.3.1844) (1).

M. María Eugenia descubrió a Cristo y el Reino en la Iglesia. Para ella Cristo es inseparable de la Iglesia, y la Iglesia inseparable del Reino. La causa y los combates de la Iglesia, serán casi siempre las causas y los combates del Reino. La defensa de los derechos y de la libertad de la Iglesia que movilizaron a los católicos franceses del siglo XIX, serán luchas llevadas a cabo en nombre del Reino, porque "el Reino viene por la Iglesia" (Capítulo 5.5.1878). También es en ella donde trabajamos para extender el Reino de Jesucristo, puesto que de la Iglesia terrestre recibimos los sacramentos y la Verdad (Capítulo 12.5.1878). En la Asunción no hay trabajo por el Reino que no sea de Iglesia, por la Iglesia, de alguna manera para la Iglesia.

Para su nueva Congregación, el gran medio de trabajar por la llegada del Reino en la sociedad, será la educación. Educación que se propone "la cristianización de la inteligencia", la formación del carácter, el compromiso en favor de los hermanos. Los jóvenes, las mujeres: los jóvenes son la sociedad del mañana; las mujeres cristianizan la sociedad a través de la familia. Con cinco niñas, la pequeña comunidad de la Asunción abrirá una escuela destinada a convertirse en escuela secundaria.

Al leer las páginas escritas por María Eugenia a los 25 años, tenemos a veces la impresión de que esperaba ver aún en vida la realización histórica del Reino, "transporter le Royaume de Dieu sur la terre" (según la expresión de Lamennais), y que en su ardor cedía a la eterna tentación de identificar el Reino con

(1) El P. d'Alzon, a lo largo de las conversaciones con M. María Eugenia en el convento de l'Impasse des Vignes, propondrá "Adveniat Regnum tuum" como divisa de nuestra joven Congregación, y años más tarde tomará la misma divisa para la Congregación que él mismo fundara.

Para nosotras el estudio, que forma parte del conjunto - silencio, soledad, interioridad, oración - es un aspecto de nuestra búsqueda de Dios en la vida contemplativa; al mismo tiempo lo exige nuestra misión como alimento y apoyo de nuestra acción educativa. He dicho más arriba que el Pueblo de Dios se encuentra constantemente confrontado a nuevas situaciones y nuevos interrogantes, y de ahí nuestro rol de enseñar, acompañar, discernir. Para esto hay que informarse constantemente, autoformarse.

No se trata de saber una cierta cantidad de cosas, de tener muchos o altos conocimientos, aún menos se trata de una cuestión de títulos. Buscamos la Verdad: conocer a Dios, su plan, su Sabiduría. Nos formamos para la misión, no según nuestros gustos personales, sino según las necesidades del Reino, el servicio a nuestros hermanos.

Nuestra mirada se dirige al mundo y a la vida de los hombres, a Cristo y a las Escrituras. Tratamos de descubrir su sentido, su unidad secreta - cómo todo en la creación proclama la gloria de Dios y puede servir al Amor. Emprendemos el mismo camino que nuestros hermanos para ayudarles a que hagan sus descubrimientos y, a su vez, sean iluminados.

Este deber del estudio es una ascésis y una disciplina, un placer y un consuelo. El grado de satisfacción o de esfuerzo que encontramos en ellos, varía según nuestro temperamento y nuestros gustos, el momento del día o de la vida. En todo caso, nuestra verdadera satisfacción será siempre la de hacer sencillamente la voluntad del Padre y ayudar a nuestro prójimo.

En estos últimos años, las comunidades y Provincias toman en serio este deber del estudio. Varias Provincias han elaborado incluso programas de formación para cinco años. Planes pensados con cuidado según las exigencias del Proyecto provincial. Las hermanas saben aprovechar la disponibilidad de los expertos y los diversos encuentros provinciales. Es normal que durante las vacaciones haya al menos un cursillo importante para las hermanas de la Provincia. Es bueno formarse juntas.

La comunidad local - sobre todo - puede jugar un rol decisivo, de primer orden, en la formación permanente. Primeramente, nuestro vivir en comunidad, nuestros encuentros, intercambios, se alimentan diariamente no sólo con la riqueza de nuestras diferencias sino también con las múltiples experiencias apostólicas. El celo por el Reino y los asuntos del Padre, impiden que nuestras conversaciones giren en torno a la comida o al precio de un par de zapatos, a las habladurías de las vecinas o a mezquinerías. Los interrogantes que se suscitan a través del contacto con el pueblo, de las informaciones mundiales,

Nuestra casa es un monasterio pero no totalmente. En ella reina un clima de silencio y de serenidad que atrae la atención del espíritu y del corazón hacia el Maestro invisible. Pero, al mismo tiempo, los ruidos de la actividad pueden invadir la casa y, de vez en cuando, la paz y la alegría silenciosas estallan en risas y júbilo espontáneo. El ir y venir continuo hace pensar a veces en una estación, dada la cantidad de personas que pasan por la casa. Y algunos días las reuniones se suceden al mismo ritmo que los Oficios, y los niños invaden el jardín y las salas. Sin embargo, estamos acostumbradas o orar, a estudiar, a recogerlos con este telón de fondo; otro telón de fondo nos sostiene.

Del mismo modo, sin sacrificar la intimidad y los momentos necesarios para estar juntas, nos gusta compartir la mesa, la conversación, la felicidad de una vida común con Cristo. Nuestra vida fraterna puede estar abierta y ser transparente sin perder su intimidad; al contrario, se enriquece a través del contacto con los otros. Rápidamente, amigos y colaboradores empiezan a estimar y a respetar las exigencias y los límites que permiten semejante sencillez y disponibilidad. No es necesario que vean la ascésis y la interioridad que esto exige de nosotros.

Cada convento atrae su colección de marginados y de pobres de toda especie. Su presencia es como la placa colgada en la puerta que anuncia: "Aquí, Reino". Si están ausentes, hay que interrogarse.

Los vecinos y los amigos sobretodo, cuentan con la oración permanente de la comunidad incluso si no participan en ella. La regularidad de los Oficios, las horas de adoración hacen que, incluso cuando la capilla esta vacía, esté envuelta en oración, como el incienso. Nuestra liturgia no es "espléndida" y la música no es una experiencia estética (está al servicio de la Palabra). Sin disminuir el contenido y la belleza del Oficio, nos preocupamos de que sea accesible. Con un poco de ayuda se "entra" en él y en él se encuentra alimento. Una vez más, el precio que hay que pagar por ello no se anuncia.

- El estudio

La importancia dada a los estudios, religiosos y profanos, era también una de las "innovaciones" que caracterizaban la nueva fundación de María Eugenia. Punto "capital" para nosotros, las Constituciones dedicaban un capítulo a los Estudios. Ellos debían unirnos a la gran Tradición de la Iglesia, al pensamiento y a las preocupaciones contemporáneas.

un sistema socio-político (1). De hecho, con el paso del tiempo, parecen alejarse las posibilidades del Reino; el siglo XIX en Francia sólo vera luchas por la fe y por la Iglesia - por su libertad, sobre todo en materia de enseñanza. En 1848, la Revolución, cuyo ideal correspondía tanto con el Evangelio, se malogró. En 1870, la guerra le parecía un castigo a la irreligión del país. En 1880, tuvo lugar la persecución y la supresión o el exilio de muchas congregaciones religiosas, entre ellas los Padres de la Asunción. Pero la preocupación social, por no decir la "pasión", que habitaba en su corazón desde su juventud e incluso antes de su conversión a Cristo, no disminuía en María Eugenia. Su fe, su deseo, su oración y sus esfuerzos apostólicos fueron creciendo. No sabía cómo ni cuándo llegaría el Reino; comprendió que era asunto de Dios. Pero para ella esto no era una razón para hacer menos de cuanto le era posible.

Cuarenta años después de la fundación, en 1882 (2), María Eugenia empieza el advenio con las hermanas por un capítulo sobre el deseo del Reino:

Quizá nunca como ahora el Reino de Dios ha sido expulsado de la sociedad, de sus leyes, de sus instituciones. No es el momento de desanimarse. No hay que dejar de rezar, de hacer que Cristo reine en nosotros, de trabajar por el Reino universal y social de Cristo. Si por la enseñanza llegamos a formar jóvenes cristianas, que luego serán mujeres y familias cristianas, habremos contribuido a que el Reino de Jesucristo se haga presente en la sociedad. (Cf. Capítulo 3.12.1882).

Y en uno de sus retiros, en Septiembre de 1878, había escrito:

"Reino de Jesucristo... por esto soy religiosa de la Asunción, es el objeto del cuarto voto que he hecho. No debería hacer ni decir nada que no tuviese como fin la extensión de este Reino".
(Notas Íntimas)

- (1) Es útil recordar que las simpatías y las tendencias de María Eugenia estaban en la línea de los social-cristianos, un grupo minoritario que denunciaba el orden social, sus injusticias, y pretendía una reforma de las estructuras de la sociedad a partir de los principios del cristianismo.
- (2) En esta fecha la Congregación cuenta con 20 comunidades: en Francia, España, Inglaterra. María Eugenia había conocido ya los fracasos del Cabo, en Africa del Sur, y el de la fundación de Nueva Caledonia. Antes de su muerte, se abrirán otras casas en Italia, Nicaragua, Filipinas y El Salvador. Las obras de estas comunidades: 15 escuelas, con frecuencia internados, 2 orfanatos, 4 casas de Adoración y de Retiros. Varias escuelas primarias, en su mayoría para los pobres, como las de Richmond, Londres, Sedán, Madrid y San Sebastián, otras obras catequéticas y sociales.

¿Y nosotros un siglo y medio más tarde? En nuestro tiempo, gracias a los astronautas, hemos podido ver una foto de nuestro mundo: una pequeña esfera, azul y verde. Hermosa. Pero en este inmenso Universo nuestro planeta es un pequeño mundo turbado e inseguro. En él viven cinco mil millones de seres humanos; sus recursos se gastan; y en él también existen más de 40 núcleos de guerra, y proyectiles nucleares capaces de comprometer el futuro de la humanidad en pocos instantes.

Dios está oficialmente excluido de muchas sociedades; en muchas otras está olvidado o se le considera como algo accesorio; casi por todas partes la Imagen y el Amor del Creador son escarnecidos a causa de la miseria y la opresión de millones de sus hijos. Y en gran parte porque de éstos otros hijos no se ocupan.

Sin embargo, la humanidad nunca ha alimentado en ella tantas aspiraciones y esperanzas: solidaridad y ayuda mutua, liberación y comunión en la diferencia; nunca dispuso de tantos medios para satisfacer todas sus necesidades vitales, para curar sus males, penetrar los maravillosos secretos del hombre y de su universo. Sus sistemas de comunicación y sus hazanas espaciales le han creado la conciencia de que este planeta no es más que un pueblo de dimensión universal en el que hay que vivir en armonía.

Más que nunca, el hombre necesita reconocer a su Dios, abrirse al misterio de la Encarnación, acoger el Reino. Más que nunca Cristo necesita apóstoles y obreros del Reino.

"Nuestra vocación es admirable", decía el P. d'Alzon a los hermanos, "por su oportunidad y por la grandeza del fin que se propone" (1).

(1) Escritos espirituales, p.156 (Carta al Noviciado, 1868).

La transformación es también comunitaria. En el Consejo Plenario 1984 en México, constatamos que queremos vivir nosotras mismas en nuestras comunidades lo que queremos anunciar. Todo lo que acabo de escribir sobre nuestra misión de extender el Reino en el mundo hoy, podemos aplicarlo a la comunidad.

En efecto, cada vez que mi pluma trazaba esta expresión, pensaba: "Es tan grandiosa...¿No habrá una expresión más modesta?". Sí, queremos ver una sociedad transfigurada por Cristo: Esto se realizará al fin de los tiempos. Para el hoy ¿no sería más realista decir: Queremos que la sociedad sea un poquito más evangélica - un poco menos egoísta, menos violenta, menos injusta, menos materialista? Dios labora con una infinita paciencia. Le gusta trabajar con lo pequeño, lo débil, lo humilde. ¿No es esto nuestra comunidad religiosa?

Nuestras comunidades ¿no están llamadas a vivir una transformación continua? Esto es un don de Dios para el bien de los demás. Y es un milagro. Pero puede darse el signo a pesar y a través de nuestras debilidades, en la fragilidad. Exige la fe y el deseo por parte de todas - ni más, ni menos.

Nunca terminamos de construir la comunidad, de descentrarnos de nosotras mismas, de acoger al otro - diferente -, de reconciliarnos, de darnos la paz. Descubriendo nuestras propias violencias, nuestros egoísmos secretos, nuestras búsquedas de poder, la dureza de nuestro corazón, medimos mejor lo difícil que es para las sociedades abrirse a la justicia del Reino. Aprendemos a maravillarnos de todo progreso.

Luchamos con valor y perseverancia, con la certeza de ser solidarias de muchos otros cuyo amor impide que las fuerzas de destrucción se desencadenen contra la humanidad.

La inserción de nuestras pequeñas comunidades, presencia contemplativa y apostólica, ha cambiado el rostro de la Congregación. En la ciudad, en el pueblo o en el barrio, nuestra casa es como las otras - pero no del todo, puesto que es un poco más espaciosa para favorecer una vida contemplativa (una vida dentro de la comunidad) y la acogida. Todos, vecinos y amigos, y las mismas hermanas, se encuentran a gusto en ella; es la casa de todos, siendo la casa de Dios. La decoración, despojada y austera pero cuidada y bella por su sencillez, evoca la transcendencia divina. Mientras que la cordialidad y la atención de las hermanas a todos sin excepción recuerda el amor de un Dios-Padre; o Madre! Intentamos que la casa no se quede sola: alguien podría llamar a la puerta y el Señor espera siempre en la capilla.